

te la persona del nuevo Presidente de la República: se sabe que Italia no es un país presidencialista y que los poderes del Jefe del Estado están muy limitados, aunque tenga la suficiente influencia para obtener beneficios personales, como le sucedió a Leone, y por lo tanto para disponer de cargos y prebendas. Lo importante es la lucha entre los partidos políticos, la posibilidad de que el pacto siga adelante y la de que el Partido Comunista consiga a la larga su esperanza de "compromiso histórico" o, por el contrario, la ruptura del consenso. Por ejemplo, un acuerdo que comprometiera a la Democracia Cristiana y al Partido Comunista, como sucedería con el nombre de Zaccagnini, podría incitar a los socialistas a retirarse del pacto y a situarse en la oposición, si es que creen que la situación en la opinión pública es favorable. Esta es una eventualidad temida por los otros partidos: un grupo importante en la oposición podría capitalizar un descontento que ahora se reparten todos en partes relativamente iguales. Pero podría producirse lo contrario: un acuerdo entre socialistas y democristianos, bien en favor de un nombre socialista, aludiendo a que el turno presidencial corresponde ahora a los laicos, bien en torno a un nombre un poco ajeno a la política —un filósofo, un técnico: se ha hablado incluso de Agnelli, el hombre de la Fiat, pero esto podría irritar a los sindicatos— pero muy distante de los comunistas.

Esta posibilidad tendría en parte la ventaja de dejar a los comunistas solos en la oposición, rompiendo el pacto —o siendo víctimas de una ruptura previa y calculada—; pero, en cambio, marcaría la política italiana como más incluida dentro del campo occidental y de la nueva política de ruptura de equilibrios. La Italia del centro-derecha decidiría así alinearse junto a la política occidental y especialmente de Estados Unidos, que pide el nuevo aislamiento del Partido Comunista. Significaría un desafío considerable a la masa de electores que han hecho del PCI el segundo partido del país, con una serie de riesgos considerables: pero sería una batalla contra el comunismo, concretamente contra el eurocomunismo, coincidente con la estrategia global de Estados Unidos y de la OTAN en todos los países europeos. Si esto sucediera, los largos y trabajosos esfuerzos de Berlinguer para llevar a su partido a una situación oficial y a

una salida del "ghetto" podrían verse desmoronados. Empezaría, entonces, una nueva política: que sería, en definitiva, el regreso a la vieja política de centro-izquierda (centro-izquierda) mediante un Gobierno de demócrata-cristianos con ministros socialistas y con ministros también de los otros partidos del "arco constitucional", con la excepción, una vez más, de los comunistas. Lo cual tendría otras repercusiones posibles dentro del propio PCI, a la manera que en Francia los resultados electorales han repercutido en la dirección del Partido Comunista, pero probablemente con más virulencia. Hay muchos militantes, y están representados en la dirección del PCI, que reprochan a Berlinguer su "blandura", y que sostienen el temor de que el "colaboracionismo" del partido con los del "arco constitucional" le hayan privado de su revolucionarismo y, por lo tanto, de parte de su clientela popular, en un país donde la pobreza crece sin cesar.

Esta es una hipótesis. La abona la creciente campaña de Estados Unidos en Europa, no sólo frente a la URSS, sino también frente al acceso de los partidos comunistas al poder, aunque sólo sea por la vía del emparentamiento con otros partidos. Pero la cantidad de riesgos que contiene es tal que puede sospecharse que los grupos dirigentes de Italia dudarán mucho antes de adoptarla y de aceptar las presiones en ese sentido. Hay, de momento, alguna posibilidad mayor de que se siga buscando un candidato "unitario", y de que éste confirme al actual Gobierno en su puesto; y que el Gobierno prosiga su política de pacto y consenso. Todo depende de hasta qué punto esté decidida la política occidental, de hasta qué punto las presiones de poder en Italia —militares, industriales, Iglesia, Banca— crean ya que la política de dejarse aproximar al Partido Comunista no les ofrece ninguna garantía contra las huelgas y puede llevarles a concesiones políticas irreversibles; y que hayan recibido los suficientes estímulos de Washington, en el sentido de que practicando esta política recibirían la suficiente ayuda directa o por medios de los organismos europeos para salir de la situación económica.

En este aspecto de índice y de posibilidad de cambios, las elecciones presidenciales tienen una importancia muy superior al cargo que se elige y muy superior también al ámbito geográfico en que se producen. ■



"Dos bandos disputan un balón, símbolo del poder, del triunfo y alrededor de los jugadores —peones— se mueven los "cerebros".

LLORAR POR VOS, ARGENTINA

CRISTINA PERI ROSSI

El fútbol —como la guerra— es cosa sólo de hombres. Ninguna mujer está dispuesta, por otra parte, a disputarles el dudoso privilegio de haber inventado, difundido y utilizado ambas actividades en beneficio —siempre— de unos pocos, y en perjuicio —siempre— de unos muchos. No es la única afinidad que existe entre el fútbol y la guerra. Uno parece ser un simulacro del otro: dos bandos disputan un balón, símbolo del poder, del triunfo, y alrededor de los jugadores —peones— se mueven los "cerebros", los "generales", aquellos que disponen y estudian la táctica, distribuyen la posición en el campo, ordenan la estrategia, las maniobras, la defensa, el ataque. La terminología que se emplea para narrar un partido de fútbol tiene reminiscencias épicas, y los ejemplos son infinitos: se "invade" el campo contrario, se "defiende" el área, se "avanza peligrosamente", se "inicia el contraataque". Claro que todos preferiríamos que existiera sólo el simulacro —el fútbol— y desapareciera su referente real, la guerra, porque tenemos nuestro corazoncito dispuesto a llorar cuando la ocasión se presta. Más

campos de fútbol y menos de concentración: la mejor consigna de este mediocre y anodino Mundial del 78. Porque una, mujer y todo, tiene sus aficiones (desapasionadas, si es posible) y aunque he visto todos los partidos que la televisión ha transmitido (sin palcolor, eso sí) en realidad no he podido evitar la frustración de tantos noventa minutos chatos, sin imaginación, sin garra. Y en este momento no voy a iniciar un análisis acerca del fútbol-resultado y del fútbol-espectáculo para justificar el tedio o apoyar a los soviéticos, dispuestos a introducir grandes modificaciones en el reglamento, a ver si hay menos empates y un poco más de gracia. Ni a entonar melopeas por la ausencia de Cruyff o de Beckenbauer, por las mediocres actuaciones de Roberto o de Nelhino. Mientras los equipos de turno corren (a veces sólo caminan) y hay ocasiones —recordar el Brasil-Perú— en que se están quietos, y uno se hace la ilusión de que hasta meditan), los Menotti fuman de manera ininterrumpida y Kempes firma autógrafos, muchos autógrafos, el cadáver de Julián Delgado, periodista argentino, secuestrado por "los desconocidos de

siempre" aparece en un coche abandonado, según el "Buenos Aires Herald", noticia que la Policía argentina no hace oficial, seguramente para no empañar las celebraciones (fastuosas, qué duda cabe) de este degradado Mundial 78. Maier permanece casi quince minutos imbatido, récord mundial, hasta que el holandés Haan, disparando desde lejos, consigue vencerlo (esta vez Maier se quedó parado) y entre tanto Videla (que pronto se retirará, pero sólo del Ejército, lamentablemente) que no sólo se entretiene mirando fútbol (todos sabemos que se trata de un hombre muy ocupado; cuanto más se ocupa Videla, menos argentinos hay en Argentina y más van al calabozo o directamente a la tumba) declara, decreta: el ciudadano que se ausente del país (los ciudadanos no suelen ausentarse de las dictaduras, general: los ausentan el hambre y el miedo) con ánimo de no volver (otro error del general: los ciudadanos no tienen el ánimo de

la voz, a veces con un acento despojado, contrito, narraban minuciosamente largas sesiones de tortura, raptos, violaciones y secuestros) y la inocultable alegría del pueblo argentino lanzado a la calle a festejar. No lo dudo: los fascismos son expertos en organizar la alegría colectiva. Cuando el domingo 25 de junio las cámaras mostraban las tribunas repletas, las riadas de papel picado y las largas cintas de colores inundando la cancha, cuando el relato del partido era casi inaudible frente a los cantos corales (monótonos por monotemáticos y alienados), uno, como Videla y los suyos, sabía que un Mundial es algo más que un Mundial, que el fútbol es algo más que fútbol, y por eso los Havelange, por eso los mascarones de la multinacional del deporte deben morir afirmando lo contrario. Todos estamos en el juego, es verdad, y cuando Luque ataca, no tiene la única misión de encajar el balón en portería, aunque él —supongá-

tener cuidado: la exaltación del nacionalismo no es más, en muchos casos, que el reflejo distorsionado de un claro sentimiento de pérdida y de agonía. Mientras Gallego le pasa la pelota a Kempes, el equipo de Videla continúa su propio partido: elabora las causas para despojar de la nacionalidad a miles de ciudadanos y vota en contra de Amnistía Internacional, conocida organización financiada por el oro de Moscú y dedicada a difamar a los Gobiernos honestos. Al "show" final del Mundial 78 ha tenido la gentileza de invitar a sus más caros colegas, demócratas de toda la vida como Stroessner (más de cuarenta años en el poder), Banzer y Pinochet (éste rehusó por "las obligaciones de su alta investidura"; parece que a Pinochet le salió un trabajo de último momento: tiene que indemnizar a las familias de unos setecientos desaparecidos; no se fijó todavía la tarifa, ni si se pagará igual si el desaparecido es hembra o macho, obrero o estudiante; tampoco se

porque Franco, el miedo y el hambre los habían echado. Kubala no iba con ellos, pero sí otros hombres casi tan ilustres como él: Rafael Alberti, Bergamín, y a veces, hasta alguna mujer, como Margarita Xirgu. Mientras los tan bien recibidos periodistas, jugadores y aficionados españoles prometen reciprocidad en el trato para 1982, cuando el Mundial se celebre en este bienaventurado reino, la Dirección General de Asuntos Consulares, en cambio, a través de una circular (la número 2.896) del 28 de abril de este año, ha hecho saber que existe una nueva disposición que afectará de manera especial a los numerosos latinoamericanos que se han trasladado a España, no por motivos deportivos, precisamente. (Convendría destacar que la gente que tiene la mala costumbre de emigrar no suele hacerlo con alegría, y que los refugiados políticos o económicos tienen derechos humanos no diferentes a los derechos humanos de cualquier otro individuo. Para colmo, cuando llega el fascismo, como la peste, resulta que no emigra una sola familia, sino muchas, ¿por qué será?) Mientras los periodistas, pues los jugadores, técnicos y aficionados preparaban hoteles, restaurantes y postales para recibir bien a los turistas que se desplazaron con motivo del Mundial del 82, todos los extranjeros que pretendan permanecer en España por períodos superiores a los noventa días, cualquiera que sean los motivos, deberán hallarse provistos de un visado especial de la representación española de la demarcación en que reside. Las personas que en virtud de los acuerdos suscritos hayan entrado en España con pasaporte sin visado consular, no tendrán derecho a permanecer en España por más de noventa días, ni a solicitar prórroga de estancia, salvo circunstancias especiales.

La circular ya ha aparecido en la Jefatura de Policía de Barcelona y ha comenzado a aplicarse, con características de plan piloto, en Cataluña. Mientras Menotti duda en incluir a Luque y Cardeñosa —pese al gol errado, cosa que a cualquiera le puede pasar, hasta a un Kubala, por ejemplo— figura como único y solitario español en las listas provisionales de la "selección mundial" (pasatiempo en que se entretienen los periodistas en sus ratos de ocio, ya que la Junta Militar Argentina ha tenido la amabilidad de recomendarles no pasear por zonas peligrosas y no escribir sobre temas tan ajenos al fútbol como el de los derechos humanos, por ejemplo), centenares de latinoamericanos que no han participado en el Mundial del 78, por "motivos especiales", temen seriamente por su destino en la Madre Patria. ■



El capitán del equipo argentino levanta el trofeo que acaba de recibir del general Videla.

no volver, sino la tristeza de no poder hacerlo) perderán la ciudadanía (mejor dicho: su Gobierno se la quitará) si en el término de dos años no se presentan ante el Consulado argentino correspondiente. (Ley número 21.795).

No sólo he visto todos los partidos; también he oído los gritos de ¡Argentina, campeón!, (como he escuchado en congresos internacionales de juristas, menos publicitados, claro está, sin autógrafos, ni cámaras de televisión, ni bolsos ni zapatos de Adidas, otras voces argentinas: las de hombres y mujeres que sin gritar, sin alzar

moslo— sólo oscuramente lo sepa. La euforia tiene hondos raíces psicológicas (el fascismo también) y posiblemente los gritos de ¡Argentina, campeón!, las atronadoras manifestaciones callejeras formen parte de una psicología nacional, la misma que hizo de un mediocre y enfermizo pintor de paredes un Führer (o para decirlo con más precisión: de la que un mediocre y astuto pintor de paredes se valió para convertirse en el Führer). Viendo las escenas de delirio colectivo algún impertinente podrá recordar el fenómeno del peronismo, por ejemplo; pero debemos

sabe si se indemnizará por igual a los que desaparecieron entregando antes su carnet de identidad, como corresponde, o a los que no tuvieron tiempo de hacerlo).

España no estuvo con sus soldados en la final, porque ya cayó derrotada. Durante días y días tuvo oportunidad, también, de enterarme del excelente trato, de la gran acogida, del extraordinario recibimiento (inolvidable, nunca visto) que tuvieron los españoles en la Argentina; no me extraña: pasó igual cuando llegaban, más muertos que vivos, no a jugar al fútbol, sino a trabajar y a vivir,